

Para entrar correctamente en el universo pictórico de Juan Heredia hay que tener cierta predisposición, como si tuviéramos que pedir permiso antes porque así nos han educado y porque sus obras tienen algo del mundo que veíamos reflejado en los charcos, cuando todavía éramos unos niños. Allí se nos mostraba una realidad muy parecida a la que conocíamos, aunque no era la realidad misma sino una imagen, un dibujo hecho sobre el agua.

Esa imagen acuosa de la que hablo estaba llena de sorpresa y de misterio. Resultaba temblorosa y convulsa si una piedra la alcanzaba o una pisada la importunaba, pero a la vez era tan perfecta si la dejábamos hacer, si la sabíamos mirar adecuadamente.

Así es la pintura de Heredia, un milagro del virtuosismo que merece ser contemplada con la misma inocencia que teníamos cuando éramos unos críos, cuando todavía no sabíamos que recordar iba a doler, cuando la belleza estaba presente en unos cubiertos de plata que nos regalaron por la comunión, en el descubrimiento enciclopédico de que los peces eran animales vertebrados que respiran por branquias o en la arquitectura colosal de las ciudades, que lo impregnaba todo de cierta dignidad.

Pues bien, a esa mirada del pintor es a la que apelo y, también, la que les invito a descubrir siempre y cuando estén dispuestos a recordar, como entonces, aquel brillo del cristal de los charcos.

Ignacio Borgoños. Escritor.